

La foto de la mujer que llega tarde

© 2026 Helimir E. López

Todos los derechos reservados

Primera edición: agosto 2026

ISBN: 978-980-18-9550-3

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida sin autorización previa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Publicado por Helimir E. López

novelasdeterror.com

Venezuela

La foto de la mujer que llega tarde

Dedicatoria

A Daniel, que existe en cada recuerdo que decidí recuperar.

A Elena, que esperó.

Índice

Dedicatoria

Índice

Prólogo

Antes de comenzar

Acto I – El Archivo

Capítulo 1 – El Cruce de las Cinco

Capítulo 2 – Archivo 2025

Capítulo 3 – La Rutina Rota

Capítulo 4 – El Vestido Azul

Capítulo 5 – La Búsqueda

Capítulo 6 – La Foto del Futuro

Acto II – La Foto

Capítulo 7 – La Fecha

Capítulo 8 – El Laboratorio de Clara

Capítulo 9 – El Suelo de la Cama

Capítulo 10 – Sergio Investiga

Capítulo 11 – El Archivo del Pasado

Capítulo 12 – El Cruce a las Tres

Capítulo 13 – La Clínica

Capítulo 14 – La Última Foto

Capítulo 15 – La Conversación Imposible

Capítulo 16 – El Ciclo

La foto de la mujer que llega tarde

Capítulo 17 – La Decisión de Sergio

Capítulo 18 – La Foto sin Cámara

Acto III – La Llegada Tardía

Capítulo 19 – Sin Cámara

Capítulo 20 – La Última Vez

Capítulo 21 – La Clínica de Nuevo

Capítulo 22 – El Diario Olvidado

Capítulo 23 – El Reencuentro

Capítulo 24 – La Foto Nueva

Capítulo 25 - El Cruce a las Cinco (Epílogo)

Agradecimientos

Sobre el Autor

Prólogo

8 de agosto de 2026

El cruce de la Calle de Atocha con la Calle de la Magdalena está vacío. La farola está encendida, aunque el sol de la tarde aún tiñe de naranja los tejados de Lavapiés. El quiosco de prensa está abierto, pero no hay clientes. La cafetería de la esquina huele a churros, como siempre. La anciana de las palomas está en su banco, desmigando pan para los pájaros.

Todo es igual. Pero él no es el mismo.

Mateo está de pie en el centro del cruce, sin cámara, sin prisa, sin miedo. Lleva en el bolsillo una fotografía doblada. La misma que encontró en su mesa aquella mañana. La misma que le mostró un futuro que ya es presente. Sabe que ella va a llegar. Sabe que esta vez no va a llegar tarde.

A las cinco en punto, la ve.

No lleva el vestido azul. Lleva un abrigo gris. Su cabello está suelto. Sus ojos grises lo miran desde el otro lado de la calle.

Ella cruza lentamente. Los coches frenan a su alrededor, pero ella no los mira. Solo lo mira a él.

— Llegas tarde — dice.

Mateo sonríe.

— Lo sé. Pero he llegado.

La foto de la mujer que llega tarde

Ella se sienta en el banco junto a la anciana de las palomas. Mateo se sienta a su lado. No necesitan más palabras. No necesitan fotos, ni notas, ni pruebas. Solo necesitan estar allí.

La anciana sigue desmigando pan. El quiosco sigue sin vender nada. El olor a churros sigue en el aire.

Nada ha cambiado en el cruce. Pero todo ha cambiado en ellos.

Mateo saca la foto del bolsillo. La mira un instante. En ella, él está sonriendo. Y ella camina detrás de él, con su abrigo gris, como si fueran juntos a algún sitio.

— ¿Ahora qué? — pregunta.

Elena toma la foto y la guarda junto a las otras. Junto a las notas. Junto a los cinco años de espera.

— Ahora, vivimos — dice.

Mateo asiente. No necesita saber qué pasará mañana. No necesita recordar todo lo que olvidó. Solo necesita estar aquí, en este cruce, con ella.

Y por primera vez en mucho tiempo, siente que ha llegado a tiempo.

Pero hay preguntas que aún no sabe hacer. Y respuestas que todavía no está listo para escuchar.

Madrid, 8 de agosto de 2026.

Antes de comenzar

Mateo es un fotógrafo callejero con una vida ordenada y solitaria. Su rutina es su refugio: todos los días, a las cinco de la tarde, se planta en el mismo cruce de Madrid y fotografía el paso de la ciudad. Pero al revisar su archivo, descubre algo inquietante: una misma mujer aparece en el fondo de todas sus fotos del último año. Siempre con el mismo vestido azul, siempre caminando en la misma dirección. Y él nunca la ha visto en persona.

Cuando la mujer lo aborda en la calle y le dice: "Llevas un año fotografiándome, ¿cuándo vas a hablar conmigo? Llego tarde a todas partes porque te espero", Mateo inicia una investigación que lo llevará a cuestionar su propia identidad, su memoria y la naturaleza del tiempo. Una foto del futuro, una clínica de neurociencia experimental, y el recuerdo borrado de un hijo que murió en el mismo cruce donde él toma fotos.

La Foto de la Mujer que Llega Tarde es una novela de terror psicológico sobre la obsesión, la memoria y la culpa que enterramos para poder seguir adelante. Una historia sobre lo que elegimos olvidar y lo que, tarde o temprano, vuelve para recordárnoslo.

ACTO I – EL ARCHIVO

Capítulo 1

El Cruce de las Cinco

El despertador suena a las 6:45. No es un sonido estridente, sino un zumbido suave y creciente, como el de un avión lejano que se acerca. Mateo lo apaga antes de que termine el primer ciclo. Tiene un sistema: nunca deja que el sonido lo envuelva por completo. Controla hasta el despertar.

Se levanta. La cama es estrecha, individual, con sábanas blancas de algodón egipcio que lava cada domingo a 60 grados. No hay almohadas decorativas, ni cojines, ni ningún elemento superfluo. El apartamento de Mateo es una celda monacal de cincuenta metros cuadrados en la quinta planta de un edificio sin ascensor en la Calle de la Cabeza, en Lavapiés. Las paredes son blancas. El suelo, de madera clara. Los muebles, justos: una mesa de diseño danés de los años sesenta, dos sillas Eames de imitación, una estantería de roble con libros de fotografía y ensayo, y un sofá de tres plazas que apenas usa.

Va al baño. Se mira en el espejo. Cuarenta y dos años. El cabello comienza a encanecer en las sienes, pero no se lo tiñe. Las arrugas alrededor de los ojos son profundas, surcos de tanto entrecerrar el párpado para enfocar a través del visor. No se considera guapo ni feo. Se considera invisible, y eso le parece suficiente.

Prepara el café. Es un ritual que ejecuta con la precisión de un cirujano. La cafetera italiana, la Bialetti de tres tazas, la llena con agua hasta la válvula. El café es de origen colombiano, molido por él mismo cada mañana con un molinillo manual. No usa azúcar. No usa leche. El café debe ser amargo, intenso, sin adulteraciones. Lo

bebe de pie, junto a la ventana, mirando el patio interior donde los vecinos tienden la ropa. A las 7:15 en punto, el café está vacío. A las 7:16, se ducha. Agua fría. Siempre fría. "Despierta el sistema nervioso", se dice a sí mismo, aunque en realidad es una penitencia, una manera de empezar el día con una pequeña victoria sobre el placer.

A las 8:00, revisa el correo electrónico. Siempre vacío. O casi siempre. De vez en cuando, un encargo: fotografiar un edificio nuevo, un hotel reformado, un loft para una revista de arquitectura. El trabajo paga las facturas y le permite dedicar el resto de su tiempo a la fotografía callejera, que es lo único que le importa.

Mateo abrió su estudio de fotografía a los veinticinco años. Duró tres años. La crisis económica, la digitalización, la falta de clientes, todo se alió en su contra. Cerró el local, vendió el equipo de estudio, y se convirtió en fotógrafo freelance. Es una vida modesta, pero no le importa. Sus necesidades son mínimas. La cámara es su única posesión valiosa.

La Leica M6 es una reliquia. Cuerpo de metal, mecanismo completamente analógico, sin baterías, sin pantalla, sin el menor atisbo de tecnología digital. La compró de segunda mano hace diez años con los ahorros de su estudio fallido. Es su extensión. La conoce como un organero conoce su órgano: sabe exactamente qué presión ejercer en el obturador, qué distancia enfocar, qué apertura elegir en cada condición de luz. La cámara no piensa por él. Él piensa a través de ella.

Prepara su equipo para la salida. Tres carretes de película Ilford HP5 Plus, 400 ISO. Los carga con la misma meticulosidad con la que un francotirador carga su rifle. En el bolso, además, un cuaderno Moleskine donde apunta la fecha, la hora, la ubicación y

el número de carrete de cada sesión. Y un lápiz de carbón. No usa bolígrafo. Prefiere el lápiz porque se puede borrar. Como la vida. Nada es definitivo.

A las 16:30, cierra la puerta de su apartamento. Camina por la Calle de la Cabeza, gira por la Calle de la Magdalena. Son las mismas calles de siempre. Los mismos adoquines, los mismos carteles, los mismos grafitis en las persianas metálicas. Mateo no se aburre de la repetición. Encuentra belleza en lo constante, en lo inmutable. La repetición es un himno al orden.

Llega al cruce. La intersección entre la Calle de Atocha y la Calle de la Magdalena no es un lugar especial para nadie más. Es una esquina como cualquier otra en Madrid: un semáforo, un paso de peatones, un quiosco de prensa, una cafetería, una farola, una papelería. Pero para Mateo, es su observatorio. Lleva tres años yendo allí todos los días, sin falta, a la misma hora: las 17:00.

¿Por qué las 17:00? La respuesta es simple: la luz. A esa hora, en ese lugar, el sol de Madrid proyecta sombras largas y nítidas. El ángulo de incidencia es perfecto para capturar rostros sin contraluces. También es la hora en que la ciudad comienza a despertar del sopor de la siesta, cuando la gente vuelve a las calles, cuando la vida se reanuda. Es la hora del limbo, entre el trabajo y el descanso, y Mateo ama ese momento suspendido.

El cruce es su escenario. Lo conoce al milímetro. Sabe que la farola de la esquina siempre está encendida, incluso en pleno día, porque tiene un sensor de luz estropeado. Sabe que el quiosquero, un hombre llamado Emilio de unos setenta años, nunca vende nada pero siempre está allí, como un mueble más del paisaje urbano. Sabe que la anciana de las palomas, que no tiene nombre porque nadie se lo ha preguntado, llega a las 16:45 con una bolsa de pan duro y

se sienta en el mismo banco hasta las 18:00. Sabe que el olor a churros de la cafetería de la esquina se intensifica a las 17:15, cuando el dueño, Antonio, prepara una nueva tanda para la merienda.

Mateo no habla con ellos. No participa en su mundo. Él es un espectador, no un actor. La cámara es su escudo, el visor es su distancia. Desde detrás del lente, puede mirar sin ser mirado. Puede observar sin comprometerse. Puede capturar la vida sin vivirla. Es su manera de estar en el mundo sin estar realmente en él.

La primera foto del día siempre es la misma: un hombre con sombrero que cruza el paso de peatones a las 17:03. Mateo no sabe quién es ni por qué está allí a esa hora todos los días. Solo sabe que lleva tres años fotografiándolo. Es su talismán, su punto de partida. Si el hombre del sombrero no aparece, algo está mal.

El segundo disparo es para la mujer del abrigo rojo. Luego, para el niño que juega con un balón. Luego, para la pareja que discute. Mateo dispara en ráfagas silenciosas, como un cazador que no quiere ahuyentar a su presa. La Leica M6 es silenciosa, casi imperceptible. Solo un click metálico que se confunde con el ruido de la ciudad.

Mientras espera el atardecer, Mateo piensa en su padre. No sabe por qué, pero cuando está en el cruce, a esa hora, con la cámara en la mano, siempre recuerda a su padre. José Mateo Valero, fotógrafo de bodas y comuniones en un pueblo de Cuenca. Un hombre de manos grandes y voz suave que le enseñó a ver el mundo a través de un visor. "No tomes la foto", le decía. "Espera a que la foto te tome a ti." Mateo nunca entendió del todo esa frase. Ahora, con cuarenta y dos años, cree que empieza a comprenderla.

Su padre murió cuando Mateo tenía doce años. Un infarto, en la cocina de su casa, mientras revelaba un carrete. Mateo encontró el cuerpo, la cara en el líquido revelador, los dedos todavía manchados de fijador. Desde entonces, Mateo no ha dejado de tomar fotos. Es su manera de detener el tiempo, de evitar que las cosas desaparezcan. Cada foto es un acto de resistencia contra la muerte.

Pero hay algo que no encaja hoy. Una sensación. No es una visión, ni un sonido, ni un olor. Es algo más sutil. Como si alguien estuviera observándolo desde el borde de su campo visual. Alguien que no está allí. Alguien que no debería estar allí.

Mateo se gira. No hay nadie. Solo la anciana de las palomas, el quiosquero, un par de turistas con mapas, un ciclista. Pero la sensación persiste. Algo está mirándolo. Algo invisible. Algo que no se puede fotografiar.

Guarda la cámara. Se sienta en el banco, al lado de la anciana. La anciana le sonríe. Él no le devuelve la sonrisa. Siente que alguien lo está observando, pero no sabe quién. Y eso, más que cualquier miedo, es lo que lo inquieta: no saber quién lo observa.

A las 18:30, cuando el sol comienza a ocultarse detrás de los tejados de Lavapiés, Mateo vuelve a casa. En el camino, no toma más fotos. Por primera vez en tres años, no ha completado su ritual. El carrete está medio vacío. Y la sensación de ser observado no lo abandona.

Esa noche, revisa las fotos del día en su ordenador. Las ha escaneado con su escáner de alta resolución, un Epson V800 que compró con el dinero de su último encargo. Las mira una por una. Las fotos son buenas: el hombre del sombrero, la mujer del abrigo rojo, el niño, la pareja. Pero hay algo extraño. En el fondo de una de las fotos, detrás del hombre del sombrero, hay una figura

La foto de la mujer que llega tarde

borrosa. Una mujer. Lleva un vestido azul marino, de un azul tan profundo que casi parece negro. No la recuerda. No la vio cuando tomó la foto.

Mateo amplía la imagen. La figura es borrosa, casi irreconocible. Pero está allí. Como un espectro que no debería estar allí.

Apaga el ordenador. Se toma un vaso de agua. Pero no puede dejar de pensar en ella. La mujer del vestido azul. La que no vio. La que no debería estar en su foto.

Aquella noche, Mateo sueña por primera vez con ella. La ve en un cruce distinto, en una ciudad distinta, en una hora distinta. Pero ella camina siempre en la misma dirección, como si supiera exactamente adónde va. Y él la sigue, pero nunca puede alcanzarla. Siempre llega tarde.

Despierta a las 5:30, antes del despertador. No puede volver a dormir. Se sienta en la ventana y mira el patio interior, las cuerdas de tender vacías, las macetas secas, el cielo gris de Madrid. La mujer del vestido azul está en su mente, como una mancha que no se borra.

Y empieza a preguntarse: ¿quién es? ¿Por qué está allí? Y sobre todo, ¿por qué no la recuerda?